

JUICIO DE LA PRENSA

Damos en esta edición un extracto brevísimo de cuanto dijeron los periódicos de Barcelona juzgando el drama de Dicenta á raíz de su estreno. Sentimos no poder reproducir en total estas opiniones pero basta lo que transcribimos para testimoniar el juicio entusiasta y favorable que mereció **AURORA** á la crítica en total.

La Publicidad.

«No es extraño que el público que llenaba anoche el teatro Eldorado esperara con expectación el estreno del drama *Aurora*, cuyas primicias dedicó el autor á los barceloneses. Dicenta ha conquistado con su talento un puesto entre los dramaturgos españoles que figuran en primera fila. Tiene en primer lugar temperamento y personalidad, cosa de gran valor para la producción de obras artísticas.

Es, además, Dicenta, un luchador que en estos tiempos de desfallecimientos de voluntad y de convencionalismos sociales, no es cosa corriente, mereciendo por estas cualidades que sus obras despierten grandes entusiasmos cuando acierta á dar forma á su pensamiento.

En *Aurora* un episodio amoroso, un tema pasional, sirve para que el autor presente una serie de tipos en los cuales encarnan ideas, vicios y convencionalismos sociales. Dicenta casi nunca se contenta con que su obra resuelva únicamente un caso *teatral* desarrollado con más ó menos ingenio y habilidad. El busca siempre una tendencia á su producción artística. Hombre progresivo y de su tiempo, siente la necesidad de presentar vicios sociales para fustigarlos y oponerles las ideas que quieren elaborar una Humanidad nueva, en la que el amor, en su acepción más noble, regule las relaciones de los hombres y la inteligencia eleve el nivel medio de la vida á regiones serenas.

Aurora, la mujer del pueblo que en la lucha brutal por la existencia ha dejado la materialidad de su honra en las manos de los que acechan la pobreza para prostituirla, pero que conserva su alma sana, y *Manuel*, el hombre progresivo de todos los tiempos, el que aspira á una meta ideal, son los representantes de esta parte grande y generosa de la Humanidad, corta en número, pero por lo mismo admirable y la única que hace apreciable la vida.

En la obra en cuestión luchan estos tipos con los demás personajes, distintos en especie, pero que genéricamente pueden clasificarse como representantes de los elementos atávicos regresivos contrarios al desenvolvimiento moral de la sociedad: la ambición, sensualidad y sequedad de corazón (*Matilde y López*) y la hipocresía refinada y jesuítica (*Don Homobono*). Puestos en juego las virtudes y vicios de estos personajes han de producir el choque violento que vemos en *Aurora*, resultando de la lucha la agrupación natural de los personajes. *Manuel* y *Aurora* acaban por juntarse por aquella inevitable atracción de las afinidades morales. Ellos son los fuertes, los triunfantes, los que han de ir á crear *Humanidad nueva*. Los demás quedan también juntos para proseguir en su labor destructora, para ejercer de impedimenta del progreso moral de la sociedad, quedando retratados en toda su pequeñez, impotentes para el bien y sólo fuertes para en comandita practicar el mal.

El público comprendió la finalidad que perseguía el autor, y cuando hace la presentación *Manuel* en el primer acto, interrumpió el parlamento de éste al presentarse como hombre superior, que lucha por las ideas y cultiva la ciencia no por el interés propio, sino para contribuir al bien común y al progreso general. Las frases con que ataca los vicios de esta pobre España católica, momificada por la intolerancia, casi aislada de las fuentes de cultura universal, embrutecida por el cultivo de todos los gérmenes morbosos (conventos y plazas de Toros), levantaron tempestades de aplausos, que se repitieron en la escena final del drama, atrevida y vibrante por la situación y el pensamiento, con toques poéticos como el de decir *Manuel* á *Aurora* que levante su frente humillada por el dolor ante aquellos seres prostituidos de cuerpo y de alma.

En el diálogo aparece siempre la idiosincracia artística de Dicenta, caracterizada por sus atrevimientos de frase, su tendencia á ensalzar lo noble y levantar al caído, su enemiga al eufemismo y su brillantez de imágenes.

Los que quieran analizar la obra con arreglo á cánones, fijándose únicamente en detalles, podrán encontrarle defectos, pero cuantos sientan la tendencia de la misma, su línea general, tendrán que reconocer la finalidad humanitaria de la misma y aplaudirán al escritor. Este no puede estar descontento de las demostraciones del público, porque le llamó á escena al final de todos los actos y al terminar la representación tuvo que presentarse infinidad de veces para recibir una serie de ovaciones. El drama fué bien presentado, correspondiendo á Emilio Thuillier un gran elogio por haber creado la parte de *Manuel* con verdad absoluta, sin buscar efectismos, sin intempestivos arranques declamatorios, buscando solamente en la sinceridad y la sobriedad la manera de exteriorizar el fondo del personaje, al cual infundió mucha vida. Merecidos aplausos coronaron la labor del artista.»

El Liberal.

«Un estreno de Joaquín Dicenta despierta siempre curiosidad general. El crítico tiene materia segura donde sondear; el aficionado tema que discutir; el indiferente ocasión de procurarse emociones; todos críticos, *amateurs* y simplemente apáticos, van esa noche al teatro en busca de *algo*, y todos lo encuentran. El genial autor de *Juan José*, en este particular no decepciona nunca.

Dígalo si no lo ocurrido anoche en Eldorado con el estreno de *Aurora*.

Vaya por nuestra cuenta una impresión de lo mucho y bueno que nos sugiere aquel acontecimiento escénico.»

Entra después á relatar detalladamente el argumento describiendo todas sus escenas y sus personajes y concreta el crítico su opinión de la forma siguiente:

«Este es el drama, dicho á grandes rasgos.

No he de meterme en un análisis crítico.

Sí he de decir que la obra responde á los alientos vivificantes, francamente demoleedores, socialmente hablando, que son la característica de la tendencia de su autor en el teatro.

Sin embargo, la nueva producción es hija de una génesis más reflexiva, á mi juicio, que otras de Dicenta, con justicia popularizadas. Responden aquéllas á inevitables influjos de la juventud, juventud que en un temperamento artista y en un alma demócrata y esencialmente progresiva, habrá de traducirse en vigores y energías poderosos.

Dicenta, hoy, joven aún, es ya un experimentado; conoce mejor la vida, y claro está que posee muchos más recursos para descifrar la complicada cabalística del corazón humano.

Producto de ese fenómeno es *Aurora*.

Los personajes, de su nuevo drama tienen perfil más grueso, trazo más firme. Su psicología es más honda, su lenguaje más complicado.

Juan José, por ejemplo, lo sintió.

Aurora, la ha sentido y la ha filosofado.

Juan José es una fotografía, hecha poema pasional: un pedazo de vida en crudo: la verdad sin retoque. En *Aurora* hay poema y hay pasión de tantos ó más quilates que en *Juan José*: es otro pedazo de vida, pero sin quitarle verdad. Dicenta, como el buen fotógrafo, ha diluido á trozos el tono, ha retocado con acierto la crudeza de las líneas, y después de servir obra, y obra saturada de humanidad, se ha permitido hacer también símbolo.

¡No asustarse! Hay símbolos de símbolos. Torpe y pecaminoso es dividir en escenas un jeroglífico y servirlo á los «señores» como cosa exquisita, invitándoles á una vigilia de ocho días para que acierten con la solución.

Lastimoso, y no en menor grado, es también que por *snobismo* aumente cada día la recluta de los que ven en lo transpirenaico lo mejor, y confían al numen forastero la regeneración de nuestro teatro.

Pero de eso á que por sistema se rechace á quien adapte lo bueno de esa corriente, sin olvidar los sanos dictados de la «hombria de bien literaria», hay gran diferencia.

Aurora tiene símbolo, pero símbolo *honrado*.

Manuel es la ciencia, como Matilde es la ignorancia, y sus satélites la ambición y la torpeza.

Aurora es la bondad, ultrajada, zaherida, esa bondad que tan cara cuesta, llave falsa de que suélese servir la sociedad para forzar las puertas de todo egoísmo.

Manuel y *Aurora* se van ¿á qué? «A hacer Humanidad nueva».

Ergo... de la ciencia y el bien hay que esperar los moldes donde han de vaciarse las conciencias del porvenir.

El lenguaje de *Aurora* es sobrio y brillante; tiene transparencia clásica. El diálogo es modelo.

La acción modelo también por su hábil desarrollo.

Dicenta ha triunfado.

Para mí, *Aurora* es la *pubilla* de su ingenio.»

La Vanguardia.

Como *El Liberal*, relata minuciosamente el argumento en párrafos brillantes y condensa su opinión de la siguiente forma:

Este es el asunto del drama de don Joaquín Dicenta, estrenado ház varias noches en el teatro Eldorado. No vamos á desmenuzarlo para desentrañar su tendencia y ponerla á discusión, porque las obras que se someten al público para que desde la platea las juzgue, con aplaudirlas ó rechazarlas están bastante discutidas. Lo que después se diga de ellas huelga si la obra ha gustado, y es impertinente si fracasó.

El drama del señor Dicenta es muy hermoso, está concebido con una grandeza de ideas digna del autor de *Juan José*, y ha sido escrito con sobriedad y un admirable instinto de dramaturgo. Hay pasión, hay filosofía sencilla y humana, hay simbolismo claro y arrogante y hay frescura, ambiente, cuadro teatral.

El público vió todo esto y aplaudió con entusiasmo, desde la mitad del primer acto hasta que la obra concluyó.

Ahora hable la crítica y échense á la arena opiniones: el drama de señor Dicenta le ha gustado y aun entusiasmado al público.

* * *

El señor Thuillier fué el héroe de la interpretación: observador, sobrio de voz y de ademán, tierno ó enérgico, enamorando ó apostrofando, dió al *Manuel* del drama la vida de la realidad, más que la ficticia del escenario. Gran parte de los aplausos de anoche iban dirigidos á él.

También la señorita Moreno los ganó muy justos y también los ganara Donato Jiménez á no haber sido su papel tan antipático y borroso.

Los demás cumplieron su cometido.»

Vida Galante.

«Las primicias del último drama compuesto por Joaquín Dicenta, han sido para la ciudad condal, donde la compañía de Emilio Thuillier, del incomparable actor, ha dado á conocer *Aurora*. La prensa de aquel país se ha deshecho en elogios y ditirambos que, por tratarse de quien e trata, hay que diputarlos por justos y merecidísimos: pero aun siendo mucho y muy dulce lo que la crítica ha dicho, el público dice más todavía con la elocuencia indiscutible del aplauso: el público acude al teatro de la plaza de Cataluña donde todas las noches, desde la del estreno, repítese el tributo caluroso de admiración y de entusiasmo en cada uno de los pasajes culminantes del drama.

Este, es el drama de pasión y de caracteres en que siempre se basa el teatro de Dicenta.

El gran dramaturgo español tiene una personalidad que aparece y se destaca en todas sus producciones, con relieve absoluto; no es el pensador frío y abstracto que analiza y desentraña un problema hasta llegar á soluciones quintaesenciadas; es el poeta de la escena que, al igual de Shakspeare, el maestro inmortal, vive enamorado de la vida y en ella encuentra motivos grandes de inspiración para componer sus poemas; pero como además, Dicenta es hombre de su tiempo, en el teatro revélase como un luchador enérgico, con el *gesto* sereno y noble del que lucha en pro de ideales grandes.

Concretándonos á *Aurora*, hemos de hablar de ella no de oídas, sino *de visu*: asistimos al estreno del drama en Barcelona, como lo requería un acontecimiento literario de tal transcendencia, y somos los primeros en reconocer que el éxito fué de los más grandes y ruidosos en estos tiempos: igual ó mayor, si cabe, que el que obtuvo *Juan José*.

Por los mismos derroteros que en la popular obra, ha seguido Dicenta en su último drama, siempre acentuando más sus tendencias sociales, inspiradas en la regeneración que á grito despiadado pide el corazón humano en estos tiempos de evolución difícil y luctuosa á veces.

Soñar con hacer humanidad nueva, hija del Bien y de la Inteligencia, destruir para ello, no sólo rancios convencionalismos, sino hipocresías criminales, eso anhela el alma soñadora de Dicenta, y con gallardía hermosa, acude á la batalla á que la humanidad apréstase, poniendo en los puntos de su pluma todos sus alientos de hombre y de poeta y hablando por boca de sus personajes el lenguaje del corazón moldeado por una inteligencia clara y poderosa.

Así es *Aurora*, así es el nuevo drama que ha de recorrer triunfante España entera, llevando á los públicos más apáticos el entusiasmo que los ideales exigen.

Siempre que hable *Manuel*, el personaje encarnado en Thuillier, sus frases determinarán el aplauso, tal como ha ocurrido en Barcelona.

Thuillier ha hecho la labor más inspirada y más concienzuda á la par,

que cabe hacer á un actor dentro del espacio en que sus facultades se desenvuelven. Ni una vez sola, durante los tres actos, dejó de traducir brillantemente las ideas del autor, matizando las frases con toda la gama de tonos que la pasión exige. En el acto final estuvo inspiradísimo, francamente genial, coronando el triunfo total de la obra con el esfuerzo de su gran talento.

Matilde Moreno, la señorita Ferri y Donato Jimenez, cada cual en su papel, destacaron admirablemente el tipo que representaban; Pastor y Torner, discretísimos y hábiles, y toda la obra dirigida y puesta en escena con acierto indiscutible.

Como sucede siempre en los grandes éxitos, nada ni nadie desentonó.

Los admiradores de Joaquín Dicenta dieron á éste un banquete en Miramar, en demostración de afecto y de adhesión.

Dicenta en Barcelona es obsequiado por todo el mundo, porque todo el mundo admira á Dicenta.

Desde el día siguiente, el autor de *Aurora* comenzó á recibir telegramas de felicitación.»

DANIEL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1825 MONTERREY, MEXICO